

AQUEL GRUPO DEL CERRILLO

Me piden que escriba un artículo en el que os relate mis vivencias en Las Negaciones el año 1979, para un libro que se piensa editar en conmemoración del vigesimoquinto aniversario de la salida procesional de las figuras de las Profecías de Jesús.

Me perdonaréis pues sólo guardo en la memoria pequeños detalles, fragmentos de sucesos, momentos que pasan por mi mente sin que logre recordarlos fielmente. Espero que estas pinceladas sean como la pieza de un puzzle, tendréis que completar el conjunto con otras piezas, espero que otros hermanos tengan mejor memoria que yo, pero estos son mis recuerdos, mis vivencias de aquel lejano año de 1979, año en el que al Grupo de “Las Tres Negaciones de San Pedro” se le añadió “y Corporación Bíblica de Las Profecías de Jesús”.

En primer lugar, yo presenté la carta al grupo este año junto a mi gran amigo José Manuel González Cuesta. Para mí era una elección lógica ya que varios de mis mejores amigos ya pertenecían al grupo. Mi padrino este año fue Francisco Reina Luque.

Yo había pertenecido durante los dos últimos años a grupos que se formaban para pasar exclusivamente la Semana Santa sin ninguna intención de permanencia. Veía por lo tanto a Las Negaciones como un grupo serio y consolidado, conocía el proyecto de las figuras y mis amigos ya pertenecientes al grupo sólo hablaban maravillas de él. Así que decidí presentar la carta. No me ocultaron en ningún momento que iba a ser difícil que esa carta fuese aceptada, ya que este año se presentaban muchas cartas, creo que junto a mí la presentaron José Manuel Jiménez, José Carlos Romero, Joaquín Rodríguez, José María García, José Manuel González, Custodio, del que sólo me acuerdo el nombre. Como veis la labor de proselitismo había sido extensa y efectiva. Estaba claro que había que ampliar el número de hermanos para poder afrontar el gasto económico que conllevaba hacer las figuras. A favor del grupo hay que decir que todos los que presentaron la carta este año, menos Custodio, entraron el año siguiente o en años sucesivos y que muchos de los integrantes de esta quinta del Cerrillo, como la bautizó el Hermano José Manuel Jiménez, continúan hoy en la corporación.

Como ya os he dicho conocía a muchos de los integrantes del grupo ya que la mayoría de ellos eran compañeros de estudios. La edad rondaba entre los diecisiete y veinte y pocos años. El conjunto era jovial y bullicioso, con unas ganas impresionantes de pasárselo bien. Visto con la perspectiva del tiempo habría que añadir que éramos bastante salvajes, sólo que en aquel momento no nos dábamos cuenta. Se trataba de apurar la copa que nos ofrecía la vida de un solo trago y a fe que lo hacíamos.

A pesar de esa avasalladora juventud que nos hacía tomarnos todo a guasa y pitorreo, el grupo y la Semana Santa era una de las cosas que nos tomábamos en serio. Esto hacía que admitiésemos de buen grado la autoridad presidencial, y si no la admitíamos el presidente, el entrañable Juan López Migueles, no dudaba en hacernos volver al redil como decía la copla: “cara de pachón, cara de pachón, pone el presidente cuando echa un multón”, aunque Juan no era muy dado a las multas sino más bien a la persuasión, a la convicción mediante la conversación y el ejemplo, aún así no dudaba en ejercer la autoridad del cargo si lo creía necesario.

El grupo instaló su cuartel este año en una casa propiedad de la familia del presidente situada en la calle Cerrillo. Era una casa vieja, de dos plantas. Nosotros sólo usábamos la planta de abajo por motivos de seguridad. Recuerdo vagamente la casa,

tras la entrada, una puerta con cristales de diversos colores abría paso a un gran recibidor que daba paso a todas las estancias de la planta baja. A la izquierda el salón, a la derecha la que después fue sala de figuras, enfrente una pequeña habitación que daba paso a la cocina, y la puerta de acceso al primer patio, del que recuerdo su espléndida palmera. Este patio daba acceso a un segundo patio realmente inmenso. La puerta de este segundo patio tenía colgada una señal de prohibido el paso. No me preguntéis como llegó la señal al grupo, aunque su procedencia era similar a la de la mayoría de los enseres que conformaban el variopinto mobiliario del grupo.

Pronto trasladó el grupo sus escasas pertenencias a este cuartel, en la fachada se colgó el luminoso con el nombre del grupo del que creo que ya se había perdido una cabeza pequeña que se decía era la de San Pedro. Recuerdo con claridad la gran cruz en el salón, como siempre situada hacía abajo. La austera decoración la completaba la colección casi completa de los carteles anunciadores de la Semana Santa y poco más. Juan Ortega hizo una poesía dedicada a aquellos cuarteles antiguos, si la leéis o la escucháis os haréis una idea muy aproximada de lo que fue aquel cuartel de la calle Cerrillo. En el grupo se estaba bastante contento con el cuartel y se comparaba con los anteriores y aunque se reconocía que no estaba tan bien situado como el de la calle Veracruz y no era tan grande como el del año anterior, al que se le llamaba entre los hermanos “el Castillo”, se terminaba por reconocer que tenía un encanto que lo hacía especial.

Yo creo que lo que hacía encantador y especial al cuartel eran los hermanos de las Negaciones, que una vez instalados iban casi a diario al cuartel. Generalmente se iba sin motivo, simplemente porque se sabía que allí podías encontrar a la gente, pero muchas veces la visita era por los motivos más peregrinos que se puedan imaginar, como por ejemplo recuerdo que el vocal perpetuo de cante, Francis Reina, determinado día de la semana nos daba clase de cuarteras. Hay que decir que si algunos no aprendimos a cantar cuarteras no era por desconocimiento o desidia del profesor, sino por la falta de dotes de algunos alumnos. A pesar de los pesares, el hermano Francis se dio por satisfecho con que pudiésemos cantar algunas estrofas de algo lejanamente parecido a las cuarteras, ya que en Las Negaciones tenía que cantar todo el mundo.

También recuerdo con nostalgia que en muchas ocasiones salíamos del cuartel entonando una marcha, marcha que generalmente terminaba al final de la calle. Pero en otras ocasiones, al terminar la primera marcha se enlazaba con otra y recuerdo haber acompañado a un hermano de la corporación hasta el Instituto Manuel Reina, donde iba a esperar la salida de su novia, al son de las diversas marchas que todos entonábamos, aunque algún hermano necesitaba poco acompañamiento, porque él solo se bastaba para tocar la mayoría de los instrumentos.

Nos acercábamos a la cuaresma y todo iba bien. El título de las figuras se le había comprado a Pepe Cantos, aunque se habló de pagar algo por este título creo que nunca se hizo. Las ropas estaban encargadas al reputado sastre Pedrito, ya se habían hecho algunas gestiones sobre las pelucas, se estaba averiguando como se iban a hacer los martirios, es decir, que todo marchaba. Pero había un problema para hacer realidad las figuras de las Profecías: la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas se oponía a la salida de nuevas figuras. Nuestra línea de defensa, según recuerdo, era que nuestras figuras no eran nuevas, ya que hacía unos años habían sido admitidas e incluso alegábamos habían salido en el libro de itinerarios que edita la Agrupación. La Agrupación alegaba que había perdido sus archivos en un incendio y que por lo tanto no le constaba esta afirmación nuestra.

En esas estábamos cuando llegó la cuaresma y uno de los objetivos de los hermanos del grupo era localizar en la subida de los romanos al presidente de la Agrupación de Cofradías, el inefable Perico Rivas. Una vez localizado no dudábamos en dirigirnos a él para tratar el tema de nuestras figuras. Debo decir que nuestra estrategia se basaba en la insistencia, no exenta de pesadez. Pensábamos que a base de amargarle al entrañable Perico Rivas los sábados de cuaresma íbamos a conseguir el esperado beneplácito de la Agrupación. Debo añadir que estábamos totalmente convencidos de la justicia de nuestra causa, así que no teníamos rubor en elevar nuestras peticiones a Perico allá donde lo encontráramos, y si no dábamos con él no dudábamos en ir al cuartel de los Apóstoles, Corporación a la que pertenecía y pertenece Perico Rivas, a dar la lata. Allí nos recibían con la hospitalidad que les caracteriza, pero para deshacerse de nosotros a veces no tenían más remedio que bajarnos a la bodega donde la mezcla de vinos terminaba de darle la puntilla a alguno de nosotros entre los que me encuentro.

No sé si fue por nuestra estrategia de darle la lata a Perico o por la justicia de nuestra causa, el caso es que se llegó a un acuerdo con la Agrupación de Cofradías, que por su lado permitía que procesionásemos las figuras de las Profecías y en contraprestación el Grupo alumbraba al Señor del Lavatorio en su recorrido procesional del Miércoles Santo. El popular paso del Lavatorio en esos momentos no tenía hermandad o cofradía y para que no se perdiera era sacado por la Agrupación de Cofradías y su intención era ir aglutinando un grupo de gente alrededor del paso para que llegado el momento esta gente formase una cofradía y se normalizase la situación.

Exceptuando el acoso y derribo al entrañable Perico, los sábados de romanos transcurrían con normalidad, y lo normal era, en esos tiempos, poca comida y mucha bebida, eso sí en el grupo sólo se bebía vino, creo que ese año se bebió "Natillas" de las bodegas Reina, pero no puedo precisar mucho este punto ya que lo normal era que cada año cambiásemos el vino. No porque el consumido ese año fuese malo o caro, sino por las numerosas quejas recibidas por la directiva sobre los efectos laxantes que el vino elegido ese año tenía. Estas quejas en algunos casos eran acompañadas de tantos detalles que no había directiva que se atreviese a repetir el vino el año siguiente. Curiosamente ningún hermano consideraba que los efectos que relataba con todo lujo de detalles tenían algo que ver con la cantidad bebida, solamente con la calidad. Así que cada año cambiábamos de vino. Un hermano con más memoria que yo, o que buscase esos datos, si es que existen, podría datar esos años no sólo por la casa en que ese año estaba el grupo sino por la marca de vino consumida.

La comida como ya os he dicho no era lo principal, generalmente nos bastaba con lo que denominábamos papelones, que no era otra cosa que el embutido que se pudiese comprar con el dinero destinado a tal fin, y eso sí, un estupendo y abundante sopicaldo que al ser ingerido era como bálsamo para nuestros estómagos. ¿Qué habría sido de muchos de nosotros si al llegar al grupo después de bajar de la ermita de Jesús no nos esperase una olla llena de caliente caldito?. Por suerte para todos este exquisito manjar no faltaba en la cocina de las Negaciones.

Las subidas a la ermita de Jesús los sábados de romanos no diferían mucho de las actuales, con algunos matices. Quiero decir que, al igual que hoy, éramos los hermanos del grupo los que subíamos las cestas de vino, los de prueba teníamos que hacer puntos encargándonos de ello. No me acuerdo del itinerario que seguíamos... Eso sí, subíamos con los romanos y oíamos sus misereres, en esa época no recuerdo que Los Ataos tuviesen banda de música. El ambiente era menos masificado que el actual, pero más manantero, ya que las personas que nos reuníamos en la explanada

de la ermita eran en su gran mayoría pertenecientes a los distintos grupos de Semana Santa, y los que no pertenecían, eran allegados por una u otra causa a algún grupo junto al cual subían. Cada grupo tenía su sitio predilecto donde siempre se situaba y cualquiera que quisiese ir a ver a las Negaciones nos encontraba ya en el mismo lugar donde ahora nos situamos, a la izquierda de la ermita, en la entrada del pequeño callejón que da al altar de la Virgen de los Dolores. Entre miserere y miserere no se dejaba de cantar cuarteleras o algunas de las típicas canciones mananteras, no siendo raro que se hiciese un corro, y un hermano empezase una cuartelera y el que estaba a su lado la siguiese, así hasta que se llegase otra vez al hermano que había empezado. La bajada hacia el grupo era el momento en que se aprovechaba para visitar otros cuarteles o para que otros grupos o amigos de los hermanos nos visitasen. Estas visitas se realizaban sobre todo a grupos cuyos componentes tenían una edad parecida a la nuestra. Entre estos grupos se encontraba La Alondra (Corporación Bíblica La Destrucción de Sodoma) cuyo cuartel estaba en la Calle Aguilar, cerca de lo que era el convento de las Filipensas, hoy ocupado por un edificio donde se ubican los juzgados. Otro grupo joven eran Los Saduceos que creo que ese año tenía el cuartel en La Matallana, cerca de donde tienen el negocio la familia Dorado, si no era en el mismo lugar. Otro grupo con el que teníamos mucha relación era con lo que hoy es El Pez, la mayor parte de nuestros amigos formaron, no sé si ese año o en los siguientes, El Juicio de Edom, que después se fusionó con El Pez. Otros grupos con los que teníamos mucha relación eran Los Milagros de Jesús, afianzada esta relación por que en los desfiles procesionales nuestras corporaciones iban a ir juntas. El Arca de Noé, Los Lázaros, El Segundo de La Soledad. Pero hay que señalar que no sólo nos relacionábamos con grupos más o menos de nuestra edad, y que no era de extrañar que recibiéramos la visita en el cuartel de algún miembro de Los *Jetones* encabezado por el comandante Rejano, o que nos visitasen algunos de nuestros profesores como Juan Juárez que incluso hizo una cuartelera para el grupo, o como el profesor de francés, Ignacio, que vino una vez acompañado por un amigo francés, Patrick de nombre, *allons les enfants de la Patrick*, como decía un hermano bromista. Este francés se encontraba tan a gusto en el grupo que no le importó que su amigo Ignacio se fuera. Al rato se marchó del grupo, suponemos que con intención de seguir visitando cuarteles. Al final de la noche tuvo que ser socorrido por unos hermanos de Las Negaciones que nos lo encontramos llorando en un banco del Romeral porque no sabía encontrar la casa de su amigo, y recuerdo haberlo acompañado hasta ella ya que nuestro profesor era vecino mío.

Un día importante durante la cuaresma era entonces la celebración del día de San José. Era costumbre que un sábado por la mañana los Joses del grupo invitáramos al resto de hermanos a una comida y los demás correspondían con un "Negaciones", que es como llamamos a la sangría que se hace el Viernes Santo por la tarde. Mientras unos hermanos hacían la comida otros se encargaron de hacer la bebida en la tienda de los padres de un hermano de la Corporación, Jesús Aguilar. Cuando se dirigían hacia el grupo, una inoportuna lluvia los hizo refugiarse en algún lugar, creo que una barbería. Pensaron que no era cuestión de quedarse allí mirándose y como no había otra cosa a mano se dedicaron a beberse el Negaciones, por lo cual cuando escampó un poco, no quedaba del Negaciones ni una gota y no tuvieron más remedio que volver a comprar las bebidas a la tienda y hacerlo otra vez. Sin comentarios

Así que entre uvita y uvita se pasaba el sábado de romanos y nos encontramos sin darnos cuenta casi en Semana Santa. El Viernes de Dolores por la noche tuvimos la reunión antes de Semana Santa. En esta reunión se tenía que pagar la cuota del grupo y como novedad ese año se iba a hacer el sorteo de figuras. Después de solventar el tema económico, y de escuchar atentos las directrices del presidente sobre cómo se iba a realizar el sorteo y cómo se iba a alumbrar al Señor del Lavatorio, con túnicas de rebate y sin picorucho, se pasó al sorteo. La mayoría de los hermanos

no conocían las figuras que todavía no estaban terminadas y fiándonos sobre todo del hermano José Ramón Gómez Píriz, la preferida fue la Profecía de la Destrucción de Jerusalén, cuya túnica decía José Ramón era una maravilla. Si ésta fue la figura preferida a la hora de elegir, habría que decir que el turno preferido fue sin duda la primera salida de las figuras el Miércoles Santo, pero las reverencias el Viernes Santo también tuvieron muchos adeptos, como ocurre ahora. Los hermanos de prueba sólo entraban en el sorteo una vez los de pleno derecho hubiesen escogido turno ya que no había turno para todos. Así que aguardamos el sorteo expectantes. Yo no tuve suerte. Hoy quizás no tuviese mucha importancia, pero en el año 79, eso de no poder vestirse de figura era un pequeño drama, amortiguado por los consejos de algún cariñoso hermano que no cesaba de repetirme que no me preocupara que a la hora de vestirse alguien fallaría, y que yo al final acabaría vistiéndome de figura. Hay que decir que también se presentó en esta reunión el menú de las comidas de la Semana Santa, los encargados de hacer estas comidas iban a ser dos hermanos del grupo, José Rivas Moriana y Jesús Aguilar Jiménez, a cambio de una reducción de la cuota. No me acuerdo de si tenían que pagar parte o no pagaban nada. Tampoco me acuerdo del importe de la cuota, creo que rondaba las cinco mil pesetas. Hay que reconocer que ha llovido un poco desde entonces.

La primera de estas comidas de Semana Santa era la del Domingo de Ramos por la mañana. Fue tradición durante bastantes años en el grupo hacer un salmorejo. Mientras se terminaba de preparar, la conversación no podía tratar de otra cosa que no fueran las figuras. Recuerdo que los martirios de La Profecía de las Negaciones de Pedro y de la Destrucción de Jerusalén estaban hechos con miga de pan. Había un hermano que decía que con pan se podía hacer un salmorejo, pero hacer un martirio..., y hacía un largo silencio para apoyar sus palabras. José Ramón Gómez Píriz, que estaba haciendo los martirios, y José de la Rosa -una de sus abuelas había hecho las figuras del patio de Caifás- intentaban convencer a los incrédulos, pero algunos hermanos eran como Santo Tomás, no se lo creerían hasta que no los viesen.

Después de dar buena cuenta del riquísimo salmorejo nos fuimos hasta la Matallana donde en una de sus terrazas, concretamente en *Antoñín*, solíamos hacer la sobremesa, acompañada de un cubata, que si la economía no era muy boyante, y pocas veces lo era, era medio cubata, es decir un solo refresco para dos. Creo recordar que ese domingo, después de estar un rato en *Antoñín*, decidimos darnos un paseo y acabamos en los cacharritos que se instalaban en lo que hoy conocemos como los semáforos. Entre los pocos cacharritos había un tiovivo, no sé quien tuvo la idea de montarse, pero el caso es que todos acabamos encima de un caballo, con nuestras túnicas de rebate arremangadas y cirio en ristre, ya que antes nos poníamos las túnicas el Domingo de Ramos y no el Miércoles como ahora. Ante los atónitos ojos del aburrido feriante pasamos un rato magnífico en lo que denominamos "la caza del moro" ya que, una vez puestos, intentamos descabalgarnos con nuestros cirios al hermano José Ramón, alias "moro".

Después nos dirigimos al grupo para hacer la última subida de romanos del año. Este año no había bautizos. Si los hubiera habido, se hubiesen celebrado el Domingo de Ramos por la noche, antes de subir a Jesús con los romanos. El bautizo consistía en que el nuevo hermano tenía que beberse junto a su padrino el contenido de una jarra de vino. El padrino no podía beberse más de la mitad y como mínimo tenía que mojarse los labios. Aunque todo hay que decirlo, un padrino que sólo se mojase los labios hubiese sido ampliamente criticado, quizás por ello no recuerdo ningún caso en que el padrino no se portase como la tradición requería. Una vez el padrino había terminado, el neófito tenía que consumir el resto sin poder apartar los labios de la jarra. A pesar de esto, era normal que el bautizado subiese con el resto del grupo hasta Jesús por su propio pie. Como os decía, este año no hubo bautizos, pero para

algunos de nosotros, no dejaba de ser nuestro bautismo mananero con las Negaciones el pasar por primera vez la Semana Santa junto a sus hermanos.

Al fin llegó el gran día, el Miércoles Santo. Las figuras finalmente llegaron al grupo, los hermanos no cesábamos de mirar y remirar esas flamantes túnicas, los rostrillos y pelucas, los martirios. Había un ambiente de euforia contenida que se puede apreciar en unas fotos que nos hicimos con las túnicas de las figuras en la puerta del grupo. El presidente, Juan, no paraba de dar instrucciones, sobre horarios, modo de comportarse, buscando cirios para hermanos que aún no lo habían conseguido para alumbrar al Lavatorio, cerciorándose de que todos tuviésemos el cordón azul que se había comprado para alumbrar. Este constante ir y venir suyo era un vano intento por ocultar los nervios que sentía al acercarse ese momento tantas veces soñado por él. Juan estaba a punto de cumplir uno de sus sueños, y era inmensamente feliz, ...pero estaba nervioso. Creo que fue en esos momentos cuando algún hermano, fiel al espíritu de las Negaciones de bromear en todo momento, hizo la broma de la cuarta profecía, que no era otra que El Seco -apodo que se le daba a Juan- engordase. La multitud de comentarios, réplicas y contrarréplicas que suscitó la cuarta Profecía hizo que cada uno de los hermanos tuviese que agudizar su ingenio para quedar a la altura de las circunstancias. A parte de las bromas habituales en las Negaciones, los comentarios se centraban en las figuras. La polémica se centró en el diseño de la túnica de Tito, que fue recibida con división de opiniones. Tenía grandes defensores y grandes detractores. De hecho a los pocos años se quitaron los adornos centro de la polémica y se sustituyeron por un sencillito castillete azul. Cuando con el tiempo se renovaron las túnicas de las figuras, tanto la de la Profecía de las Negaciones como la de la Resurrección mantuvieron una estética parecida, e incluso se mantuvieron los mismos colores para manto y capas. Sólo la de la Destrucción de Jerusalén fue cambiada en su totalidad.

Pronto llegó la hora de salir a la calle, el presidente nos dio las últimas instrucciones que incluían un repaso al significado de las figuras, por si nos preguntaban, decía. Los hermanos que tenían el turno acudieron a vestirse, los demás esperábamos expectantes hasta verlos salir. Salieron ya vestidos de figuras, Juan López Migueles de Pedro, Cristóbal García Estepa de Jonás y de Tito no me acuerdo muy bien pero creo que era Fernandi del Pino, acompañados por los rebates, con túnica de rebateo y capillo morado, no verde como el actual. El entusiasmo se desbordó, y el recorrido hasta el hospital fue jalonado por incesantes vivas a las Profecías, a las Negaciones y a "Pedro, Tito y X" ya que a la Profecía de la Resurrección todavía no la llamábamos Jonás, y X era un nombre que le quedaba bien y tenía ese punto de guasa que tan bien concordaba con el espíritu del grupo. El desfile procesional transcurrió con brillantez, las nuevas figuras llamaron la atención de todo el mundo y el beneplácito fue general. A pesar del tan mencionado espíritu de las Negaciones, los hermanos que alumbrábamos al Lavatorio mantuvimos el tipo y nos comportamos con seriedad.

Cuando terminó la primera parte del desfile nos dirigimos hacia el grupo. Allí la euforia se desató. Es difícil describir el estallido de júbilo, la inmensa alegría que nos embargaba. Recibimos las visitas de casi todo el mundo. Este día era casi obligado pasarse por el Cerrillo para felicitarnos. Así que todo el que tenía relación con algún hermano se pasó por allí; familia y amigos nos acompañaron en nuestro gozo. Las coreadas se mezclaban con los vivas y con las cuarteleras. Fue un momento glorioso para todos. Y lo fue tanto que se nos fue un poco el santo al cielo y cuando nos acordamos se había hecho un poco tarde para que se vistiera el segundo turno de figuras, que tenía que acompañar a la procesión por la calle La Plaza. Además, uno de los hermanos del turno se indispuso un poco, por lo que fue necesario que otro hermano lo supliera. El suplente fui yo. Nos vestimos y dirigimos hacia los frailes guiados por el jefe de rebate que recuerdo que era Gabriel Molina. Cuando llegamos

hasta allí nos encontramos que el Lavatorio ya había salido. El jefe de rebate, como si fuera un veterano curtido en mil batallas, mandó que nos pusiéramos los rostrillos, nos arremangásemos un poco la túnica y que sin perder la compostura, pero con rapidez nos incorporásemos a nuestro sitio en la procesión, cerca de la parroquia. A pesar del incidente, recuerdo como todos los integrantes de este turno, en casa de José Ramón Gómez Píriz, en la calle Luna, donde al terminar nos tomamos unas copas, calificamos la experiencia vivida como sublime. No me acuerdo ni siquiera quien me acompañaba, exceptuando los dos que he nombrado, pero si se puede decir que, para el que os escribe, fue una experiencia sublime y que desde entonces sólo un año recuerda haber faltado a su cita anual con las figuras de las Profecías y fue por causa de fuerza mayor, el nacimiento de mi hijo José Manuel un Viernes Santo.

Pero el Miércoles Santo no terminaba aquí, acudimos al grupo a desvestirnos de figuras y después ir al encierro de la procesión. Aquí nos encontramos al resto del grupo y disfrutamos juntos del encierro. Una vez terminado éste, nos dirigimos al Romeral, porque más o menos por allí iba la procesión del Cristo del Silencio y lo acompañamos hasta su encierro en San José.

Recuerdo que el hermano Jacinto y yo nos despistamos y nos tomamos una copa en el último bar abierto, después, y a pesar de lo tarde que era, nos dirigimos hacia el grupo con la esperanza de encontrar allí a algún hermano. Por la calle Aguilar cerca de la Veracruz, nos encontramos al hermano Gabriel Molina, y a pesar de sus protestas alegando que tenía que acompañar a su padre al campo mañana temprano, le dimos media vuelta y los tres nos encaminamos hacia el grupo donde terminamos el día en compañía de otros hermanos trasnochadores que allí se encontraban. La verdad es que no teníamos ningunas ganas de irnos del grupo, no teníamos ningunas ganas de que terminase ese día, pero el hermano Jacinto sufrió un accidente al pisar mal en el pequeñísimo escalón que había entre el salón y la cocina y su lesión cortó el grato ambiente. Fue atendido por Gabriel Molina, que estaba empezando a estudiar medicina. Su consejo fue que para curarse lo conveniente es que él, Gabi, se fuese a su casa. Los demás no comprendimos cómo que Gabi se fuese a su casa podía influir en que Jacinto se curase, pero no osamos discutir la sabiduría médica del tratamiento y pensamos que si nos íbamos todos a nuestra casa a lo mejor no influía en la pierna de Jacinto, pero desde luego, a nosotros nos vendría muy bien, al fin y al cabo la Semana Santa no había hecho más que empezar.

Como comprenderéis después de la intensa jornada del Miércoles mis recuerdos del Jueves Santo son nulos. Recuerdo eso sí que la cena consistió en pollo asado, ya que era muy importante comer bien para poder soportar lo que nos esperaba. Recuerdo también que una vez terminada la procesión del Jueves acompañé a Juan Migueles junto a Jesús Ruiz para comprar leche para el desayuno del Viernes Santo por la mañana.

Mi siguiente recuerdo de ese año es ya por la mañana del Viernes Santo, antes de la comida, y veo a Píriz sentado en la escalera con los pies metidos en una palangana metida en agua caliente con sal. Todos los allí presentes lo consideramos una gran idea y los que pudieron lo imitaron. Otros hermanos se dirigieron a hacer el Negaciones para la tarde, no sin indicarle los que nos quedábamos en el grupo que no volvieran a tener que refugiarse en la barbería como ocurrió en San José.

Una inoportuna lluvia hizo su aparición y arruinó la procesión del Viernes Santo por la tarde y las ilusiones de los hermanos que habían elegido ese turno con la esperanza de hacerle las reverencias al patrón en su pórtico. Pero como no era cuestión de quedarse sin vestirse de figura por unas gotillas, se vistieron y hicieron un recorrido por todo el grupo, y cuando digo un recorrido, digo que estuvieron vestidos de figuras

con rostrillos y martirios hasta que se hartaron y que conste que Pepe Rivas y Jesús Aguilar, del otro hermano del turno no me acuerdo, no tenían hartura.

Después de la tempestad, viene la calma, y después de la lluvia, la tarde lució todas las galas de una espléndida tarde primaveral. Eso hizo que saliésemos del grupo para ir a ver a Jesús en el pórtico. Recuerdo que subimos sin prisa parándonos a cantar cuarteleras donde nos apetecía, íbamos ya por la calle Cosano cuando el hermano Jacinto nos hizo parar para cantar una cuartelera. El sitio elegido estaba ocupado por un perro, que nos miraba con aprensión, supusimos que gente vestida como nosotros no lo dejaban echarse un rato tranquilamente y que su mente perruna se debía estar preguntando qué pasaba ese día que alteraba la cotidiana tranquilidad de su calle, así que a modo de desagravio decidimos dedicarle al perro la cuartelera. Supongo que el perro tenía una gran sensibilidad musical porque no pareció gustarle en absoluto. Ningún ser humano ha huido despavorido al oírme cantar una cuartelera. Hay que reconocer que la educación también tiene sus desventajas.

Después de este gran triunfo musical y tras una parada en el desaparecido estanco de la calle Aguilar para comprarnos unos puros, nos encaminamos sin más dilación a la ermita de Jesús. Allí en su pórtico, la majestuosa mirada del Terrible nos envolvió e hizo que quedásemos en silencio, alguno rezaría una oración, otro quizás elevaría su oración al cielo en forma de silencio ya que el impacto de la mirada del Nazareno te deja sin habla, mudo de palabra pero no de sentimientos.

Tras este momento donde desaparece incluso la gente que llena la explanada, donde te parece que estas solo tú y el Señor, vuelves paulatinamente a ser consciente de que estás rodeado de una multitud de gente, comprendes que es Viernes Santo y que no estás en el interior del templo, en silenciosa comunicación con el Creador, que estás ante el pórtico, clavando tus ojos en los suyos, o quizás es al contrario y es el Señor el que te mira con extraña intensidad. Y comprendes que el objetivo de la celebración de la Semana Santa, que los grupos, las cuarteleras, las uvitas, las coreadas, las figuras, las imágenes, todo es en realidad un vehículo para llevarte a la comprensión, no con el razonamiento sino como casi una experiencia física, de la existencia de Dios, de la presencia de Dios.

Y después de esto una inmensa alegría inunda el interior de tu ser y te abrazas al hermano, una sonrisa beatífica alumbra tu cara y una fuerza especial te hace seguir adelante, y acompañas a los hermanos mientras se beben el Negaciones en la explanada de la ermita, cerca de los depósitos de agua.

Después de tomarse el Negaciones cada uno se las componía como podía, pero era una regla no escrita que todos los hermanos nos veíamos en la procesión del Viernes Santo por la noche, en el barrio bajo. Se tenía a gala por aquel entonces aguantar como se pudiese hasta que se encerrase el último paso, la Virgen de la Soledad. Así que sacando fuerzas de flaqueza, sin apenas haber dormido, aguantábamos como podíamos hasta despedir a la Madre de la Isla.

Una vez encerrada la Virgen de la Soledad quedaba el no tan trivial asunto de irte a tu casa. Y digo que no tan trivial, porque la mayoría de los hermanos del grupo vivíamos entonces, como ahora, en la parte alta del pueblo. Por lo que nos teníamos que dar un buen paseíto, y cuesta arriba, hasta nuestros hogares y nuestras tan añoradas camas. Este paseo un día normal es eso, un agradable paseo, pero un Viernes Santo por la noche, sin apenas dormir en las últimas cuarenta horas, la cosa tenía su miga, así que era mejor hacerlo junto a los hermanos del grupo, así que pasito a pasito y sin prisas tomábamos la Cuesta Baena o la Cuesta Vitas y entre broma de uno, chiste de otro,

nos íbamos a nuestras casas y varios de los momentos más jocosos y divertidos del grupo han tenido lugar durante este recorrido.

Tras un merecido descanso, el Sábado Santo por la noche teníamos la “comida de las mujeres”, recuerdo que este año fue bastante multitudinaria y que sólo las mujeres estuvieron sentadas y los hombres de pie detrás de nuestra acompañante. También se celebraba como se merecía esta comida y solíamos terminar en alguna discoteca bailando hasta las tantas de la noche.

El Domingo de Resurrección, después de la procesión del Resucitado y tras la comida, se hacía como hoy la reunión en la que entre otras cosas se votaba a los hermanos de prueba. Este año no entró ninguno de los que nos presentábamos, éramos muchos y no había plaza para todos, pero la mayoría seguimos de prueba un año más y entramos al año siguiente.

No sabía como terminar este escrito, pero un día que pasaba por los alrededores de la calle Cerrillo aproveché para pasear por ella. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. Aunque veinticinco años son muchos y todo ha cambiado, la calle sigue conservando algo que me retrotrajo a aquel tiempo, me hizo recordar nuestras constantes bajadas y subidas al grupo, nuestras tertulias sentados en la puerta, nuestra juventud. Pensé que fue en esta calle donde empecé a convivir con un grupo de amigos que se llamaban las Negaciones, que aunque eran muy jóvenes, tenían el empeño, locura llamaban algunos, de que su grupo tuviese figuras. Me dije que fue en aquella calle por donde las figuras de las Profecías se dirigieron por primera vez hacia una procesión, que en esta calle yo mismo salí vestido de figura por primera vez en mi vida para ir a una procesión, que fue en esta calle donde conocí y empecé a intimar con algunos muchachos que han sido y siguen siendo mis mejores amigos. Quisiera citar solamente a dos de ellos con especial cariño y amor: a Juan López Migueles, el presidente y gran artífice de las figuras de las Profecías, y a José Manuel Reina Peinado, mi muy querido y añorado amigo “marino”, que por aquel entonces si que pertenecía a la Infantería de Marina, pero cuya verdadera milicia fue siempre su cuartel y sus hermanos de las Negaciones.

Entonces pensé que si hiciese un mapa sentimental de los lugares que han influido en mi vida, esta modesta calle Cerrillo formaría parte de él, pues fue en ella donde me hice “negao” y manantero, y ambas son cosas que marcan en la vida.

También pienso que aquel año fue importante para el grupo de Las Negaciones, pienso que al convertirse en Corporación Bíblica de Las Profecías de Jesús puso los cimientos para su continuidad, que gracias a las figuras aguantamos en los años difíciles, que gracias a las figuras, mananteros de otros grupos similares a las Negaciones, pero que no tenían figuras, fueron recalando en las Negaciones, y así entre todos fuimos construyendo, año tras año, este grupo de las Negaciones.

Que año tras año seguimos construyendo el grupo. Que este año hay un hermano que ha presentado la carta para entrar en el grupo, como yo hice en aquel año del setenta y nueve y como algunos han hecho antes y después que yo. Y este hermano estará pasando por experiencias similares a las mías, estará empezando a conocer a los hermanos del grupo, intimará con algunos y espero que con el paso del tiempo acabará amándonos, y nosotros a él. Y espero que así suceda durante muchos años.

José Manuel Bojollo Gavilán